

Autor: Abilio Ayuso

JUSTICIA HUMANA Y DIVINA

Ilustrador Ronny Bravo



Normalmente, cuando somos ofendidos por gente incívica, es para nosotros un placer poder aplicarles la debida justicia, y si no nos es posible, deseamos que Dios lo haga. Pero si las dos justicias coinciden, la nuestra y la de Dios, la satisfacción es completa.

TP

Hay personas o grupos, que cometen repetidamente tal cantidad de actos incívicos, que faltarían ángeles en el cielo o policías en la tierra para castigar su conducta, por eso continúan tranquilamente degradando la convivencia sin problema alguno.

Sólo en algunas ocasiones, Dios, en forma de naturaleza, o la gente, les dan su merecido, y cuando lo reciben por ambas partes, la justicia es completa.

Los hechos que nos ocupan sucedieron un sábado del mes de julio, en un punto de la costa mediterránea.

Aquella mañana había amanecido perfecta, aquel trocito de playa, limitado por formaciones rocosas en ambos extremos y la abrupta ladera de la montaña detrás, gozaba de una calma total, el mar estaba tranquilo, el agua limpia, y el sol iluminaba un cielo completamente despejado.

Dos muchachas ponían una nota de color en la uniforme arena, con los estampados de sus toallas y sus minúsculos tangas, ofreciendo a los rayos del sol naciente la belleza de sus pechos.

A una distancia prudencial, una joven pareja entrelazaba sus manos, dejándose acariciar por aquel sol maravilloso, el conjunto emanaba armonía.

Casi sin pretenderlo, aquellos dos grupos se habían colocado de forma equidistante entre las rocas y ellos mismos.

En uno de los rincones aterrizó un pequeño grupo de gaviotas, que ordenadamente revisaron la arena en busca de algún resto comestible que el mar hubiera aportado, su blancura contrastaba de forma perfecta con el azul del cielo y el mar.

Al cabo de unos minutos, las chicas se dieron un breve baño, jugando como sirenas con las suaves olas que las mecían, más tarde le tocó el turno a la pareja, que se fundió en un dulce beso en el frescor de las aguas.

Pero aquel paraíso estaba a punto de desaparecer. Al igual que los vándalos arrasando los templos de la cultura, se produjo la invasión que destruiría el encanto.

Primero fueron unos gritos en el arcén de la carretera que serpenteaba por la ladera rocosa, luego comenzaron a divisarse descendiendo por el empinado sendero, cargados hasta los topes con mil cachivaches, era “La familiada”.

Al igual que los invasores bárbaros, tomaron posesión del terreno clavando sus estandartes, en forma de sombrillas de colores chillones, mesas y sillas plegables, tumbonas, un enorme radiocasete que pronto comenzó a vomitar folclore barato, y seguidamente las colchonetas, piscinas y demás artilugios hinchables.

Acertaron a colocarse entre los dos grupos existentes, extendiéndose de forma tal, que casi llegaban a tocar a unos y otros.

La invasión no se consumó por completo en el primer viaje, los maridos y algún joven refunfuñador tuvieron que volver cargados con neveras, fiambreras y quien sabe cuántas cosas más.

La paz que reinaba hace unos minutos había muerto. Los niños corrían enloquecidos, lanzando arena con sus pies como un experto sembrador mientras apedreaban a las gaviotas que huían despavoridas.

Las marujas les gritaban con chillidos estridentes por cualquier nimiedad, excepto para decirles que no molestaran a la gente.

Un bebé lloraba como si estuviera en el potro de tortura, sin que nadie le prestara demasiada atención, mientras la música del radiocasete rellenaba cualquier posible silencio.

Los hombres, una vez cumplida la misión de regar de trastos el mayor espacio posible, se bañaron compitiendo por ver quien lo hacía con mayor estruendo y salpicaba más.

Al salir del agua abrieron unas latas de cerveza y se quedaron en pie haciendo comentarios obscenos y nada discretos acerca de los cuerpos de las chicas de los dos grupos que yacían previamente en la playa.

Por otro lado, las marujas, en corrillo, rebosando grasa y envidia, calificaban de guarras y provocadoras a las muchachas que tomaban el sol apaciblemente. Aunque por otro lado veían como una gracia el comportamiento chulesco y soez de sus maridos: “Si es que ellas se lo buscan”, “Por eso luego pasan las cosas que pasan”, “Si es que ya no hay decencia”, “Ni les importa que haya niños”.

Como si aquella pacífica gente les hubiera pedido que bajaran para hacerles compañía.

Con aire resignado, y casi como de común acuerdo, las dos parejas de jóvenes comenzaron a recoger sus escasas pertenencias, apenas una toalla, unas sandalias y una minúscula bolsa. La arena quedó como si nunca hubieran estado en ella, contrastando con las latas de cerveza y demás desperdicios que la familiada comenzaba a esparcir y evidentemente no pensaban recoger.

Curiosamente, a la “tribu” pareció disgustarles que aquella gente marchara, era como si no les gustara estar solos, aunque lo de estar solos era un concepto relativo, teniendo en cuenta que pasaban de la docena, los despidieron con miradas impertinentes y alguna que otra sucia gesticulación.

Al coronar el empinado camino hasta el arcén de la carretera les esperaba otra desagradable sorpresa: El pequeño cochecito de las muchachas quedaba completamente encerrado por un enorme monovolumen.

Después de hacer sonar el claxon durante unos minutos, la única reacción que notaron en los que estaban abajo fue alguna que otra risotada.

Quienes si se acercaron fue la pareja de novios con su potente todoterreno.

El chico se apeó y con una sonrisa les dijo: “Por si fuera poco esos cabrones os han dejado encerradas, pero no os preocupéis, a grandes males grandes remedios”.

Y diciendo eso pasó un cable de acero por el eje de la rueda delantera del monovolumen, conectó la tracción a las cuatro ruedas y comenzó a dar tirones con su vehículo que desplazaron lateralmente aquel enorme trasto.

Al ver la maniobra, una de las chicas apuntó tímidamente: “¿No sería mejor avisarles?”.

A lo cual la otra le respondió con rabia: “Despierta pánfila, hay un montón de sitio para aparcar, nos han encerrado para ahorrarse el caminar cuatro metros más, y la bocina la han oído de sobras, ¿A qué aspiras, a darte el palo a bajar para que se rían de ti o se caguen en tu puta madre?”.

La chica del todo terreno intervino en la polémica y zanjó el asunto: “Tu amiga tiene razón, con gente así no se puede andar con contemplaciones”.

Finalmente, el vehículo “invasor” quedó apartado lo suficiente para que el pequeño cochecillo pudiera salir, la rueda que había sufrido los tirones no conservaba la verticalidad de antes, la muchacha la señaló y preguntó a su novio: “¿Tú crees que lo notarán?”.

“Pues depende de lo borrachos que vayan, y si lo notan que se jodan, si no tienen escrúpulos no vamos a tenerlos nosotros con ellos”.

Mientras esto ocurría, la naturaleza también tomaba cartas en el asunto. Por detrás de la montaña se acercaron con la velocidad de un tren expreso unos nubarrones negros como la muerte que rápidamente cubrieron el territorio.

No obstante, a pesar de que el cielo sobre sus cabezas estaba totalmente encapotado, el Sol, situado frontalmente sobre el mar seguía luciendo, así con la playa iluminada por sus rayos, los que estaban en ella no tenían plena consciencia de estar bajo un cúmulo de nubes.

Como si hubieran abierto unas compuertas hidráulicas, comenzaron a caer unas gotas enormes, que en segundos formaron un diluvio para convertirse luego en granizo.

A pesar de que las dos parejas ya tenían los coches en marcha, una morbosa curiosidad les hizo acercarlos rozando a la valla de la carretera para observar a través del vidrio lo que ocurría en la playa.

Primero fueron unos gritos y unas carreras para guarecerse bajo las sombrillas, pero pronto éstas no ofrecieron refugio alguno, en principio porque el agua traspasó su tela porosa, para llegar a romperse con el granizo.

Entonces se desató el pánico, hubo quien absurdamente intentó vestirse para acabar empapado, otro intentó usar la mesa plegable a modo de paraguas y subir abandonando a los demás a su suerte, para acabar tropezando y rodando por el empinado camino.

El que se tapaba la cabeza con la nevera acababa con la espalda azotada por el granizo, ni podían quedarse, ni subir con todos sus trastos, ni tampoco abandonar allí sus pertenencias, realmente era un drama, pero tan cutre, ridículo y patético que a pesar del fragor de la granizada podían oírse las risas de los improvisados espectadores de uno a otro coche.

Al cabo de un rato, con el vientre dolorido de tanto reír, las dos parejas arrancaron sus vehículos abandonando la escena, aunque aún hubieran podido reír mucho más de haber visto que los primeros que finalmente coronaban el camino, no tenían llaves del coche y no sabían dónde refugiarse.

Las marujas chillaban como cerdas en el matadero. Cuando por fin consiguieron acomodarse dentro de los vehículos, la María obligó al Manolo a bajar a recuperar el radiocasete a pesar de que con más agua que el Titánic, era imposible que volviera a funcionar en la vida.

Evidentemente ni se fijaron en que la furgona estaba un metro desplazada de su emplazamiento original y mucho menos en la posición de la rueda, realmente el vehículo producía una vibración extraña al avanzar, pero sus ocupantes no estaban para sutilezas, hasta que al cabo de pocos kilómetros la rueda delantera derecha les dijo adiós y el monovolumen fue a parar a un cenagal.

Con la poca visibilidad y circulando pegados, los otros dos vehículos de la comitiva les siguieron sin querer al sembrado.

Para su desgracia en aquella época el teléfono móvil estaba a punto de hacer su aparición y a pesar de hacer señales a otros vehículos, con el aspecto de refugiados de la guerra que ofrecían, sus conductores no eran muy proclives a detenerse.

Finalmente, alguien avisó a la guardia civil que los rescató, pero también abrió un atestado, y hooo... Desgracia, el vehículo no había pasado la ITV.

Además de la multa, Manolo tuvo que tragar la reprimenda del sargento: “Claro, ustedes piensan que la ITV no sirve para nada y luego pasa lo que pasa, seguro que

en la revisión les hubieran detectado la anomalía que igual se hubiera arreglado simplemente apretando un tornillo y no les hubiera sucedido esto”.

Pero aquella reprimenda fue una tontería en comparación con la que le soltó María de camino a casa: “Claro te quieres ahorrar cuatro duros para gastártelos en cervezas y vete a saber que más, y no te importa lo que nos pueda pasar a mí y a los niños, y bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla”.

El fin de semana siguiente, la pareja y las dos chicas se volvieron a encontrar en la misma playa, se saludaron y charlaron amigablemente recordando los sucesos de la semana pasada, les parecía como si se conocieran de hace mucho.

Se instalaron en grupo y al final la pareja invitó a las chicas a la masía que tenían cerca de allí, así nació una buena amistad, regresaron muchas veces al mismo lugar, pero nunca más volvieron a ver allí a la familiada.

FIN...